

Ars oblivionis (Arte del olvido)

El texto que aparece a continuación está extraído de lo que fue un contexto particular: las sesiones que en marzo de 1994 conmemoraron en la ciudad de Segovia los quinientos años de existencia de ese texto particular, paradigma de todo documento diplomático, que fue el Tratado de Tordesillas.

Con ese motivo de fondo, fue concebida una mesa singular en torno a las **Bibliotecas imaginarias**. Los convocados a ese encuentro eran: Luis Alberto de Cuenca, Blas Matamoro, José Luis Puerto y Fernando R. de la Flor. El evocado, naturalmente: Jorge Luis Borges, y ello a través de su figura mediadora: María Kodama.

El autor de esta reflexión sobre un hipotético «arte del olvido» no ha creído conveniente eliminar del texto que hoy presenta a los lectores de *Cuadernos* esta contingencia arriba consignada. Permanece en él, pues, su carácter de conferencia —mejor de *intervención*— bajo el que primitivamente fue concebido.

La chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres.

Mallarmé

La convocatoria que nos reúne, la causa última o primera, si se quiere, de la presencia de escritores en castellano en este centenario del Tratado de Tordesillas, es la del homenaje explícito a la cultura escrita, al texto, incluso en su versión más estrictamente oficialista, pues, que conmemoramos una firma, una signatura, un texto diplomático, sin concesión alguna, que se sepa, en el terreno de lo imaginario. Ese texto instrumental, ese, en propiedad, *tratado*, tiene su contrafigura, sin embargo, en otros terrenos de la escritura. Se prolonga o halla su eco en el espacio de esos otros textos a los que llamamos «literatura» y hacia los cuales manifestamos aquí, públicamente, nuestra servidumbre.

Conmemoramos, pues, una pieza diplomática al tiempo que su eco sutil en otros registros del idioma. Hacemos explícita, con nuestra presencia aquí, la idea del poeta áulico Acuña respecto a que el imperio ha ido acompañando siempre por la pluma; y, en efecto, sucede que los instrumentos que

configuran y estructuran el poder, se hallan siempre acompañados por un dispositivo de textos cuya función virtual tal vez sea la de prolongar ese dominio hacia un espacio intangible, el reino de lo imaginario.

Es claro: en torno a la construcción de las duras realidades políticas, han coagulado los escritos de ficción, como cobertura simbólica sin la cual el horizonte material carecería de espesor y aun de sentido. Cada palabra en un uso comercial o político ha ido acompañada de otras palabras que expresaban las realidades de los mundos personales, las grandes construcciones del imaginario. La «lengua es la compañera del imperio», sin duda, y todo nos induce a pensar hoy que el texto (no importa si dirigido a la esfera de la sublimación y el ensueño o, por el contrario, enderezado a una función fática y promocional de la acción) es la expresión misma del dominio y del señorío que una cultura ejerce sobre las condiciones materiales.

Esto, que es una evidencia, se hace por demás explícito en esta conmemoración singular, donde nosotros, los letrados, nos unimos ya sin fronteras ni distinciones para el homenaje a las escrituras, también sin distinción, reconociéndonos en el gran trabajo colonizador de la letra, constatando que la escritura es el peón de brega en el gigantesco trabajo de dominación de un mundo a través del proceso racionalizador.

En estas condiciones, y aun a pesar de encontrarme en el tiempo de las congratulaciones, conmovido como estoy por la herencia recibida —por su calidad y su antigüedad misma—, se me permitirá que aproveche esta ocasión para arrojar un poco de sombras en esto que presumo va a ser un homenaje a la discursividad de la escritura, un ritual sacralizador más en torno a la letra, una afirmación rotunda de su papel como colonizador simbólico de una realidad exterior (y, como veremos, también interior), que antes de su consignación permanecía irreductible y salvaje.

Se me permitirá, pues —pero eso sólo será un segundo «tiempo» de mi argumento general—, que repase una dirección escasamente transitada y diametralmente opuesta a aquella que constituye la que nuestra misma colaboración en este proyecto defiende.

Lo haré sin salirme de las propias tradiciones que vertebran nuestro mundo ideológico, el del humanismo occidental. Pues no nos es preciso acudir a los bárbaros para derribar el ídolo de la escritura, ni sólo convocar el fantasma de la quema de libros en la noche del 10 de mayo de 1933 en la Plaza de la Ópera de Berlín, donde como es sabido fueron quemados los libros de veinte mil autores, ni, por supuesto, evocar sólo la autoridad salvaje de aquel Eróstrato babilicida que entró en la historia precisamente por haber destruido todo testimonio escrito. Antes bien, es desde el seno del propio dispositivo de cultura que nos alimenta, de donde sin duda han partido los ataques más virulentos al reinado del libro, a la preeminencia del

texto, a la expansión de la palabra escrita, como bien sabían el cura y el barbero manchegos que realizaron el famoso e inclemente escrutinio en la librería de un caballero a finales del siglo XVI, y a los cuales yo querría reivindicar, sin olvidarme de la señora ama y la sobrina que azuzaron ese fuego de cuyas depurativas llamas nada parecemos haber aprendido.

Ama y sobrina, cuya reconocida inquina al libro les lleva a levantar, en el dominio singular de la aldea manchega, un espacio no menos mítico que aquel que hoy evocamos; así, frente a la biblioteca imaginaria, habremos de empezar a considerar la existencia de una biblioteca tachada, de una biblioteca negada: de la *biblioteca tapiada*, en fin.

Pero no cumpliría con verdad mi compromiso dialéctico de encontrar una alternativa a la biblioteca imaginaria, si antes de expresar a través de otros la desconfianza y decepción que a pesar de todo me producen las letras —tanto si son bellas letras, cuanto más si no lo son en absoluto—, no organizara y propusiera un intento de reflexión en torno a lo que es la idea general que hoy nos convoca a encontrar un sentido a la cultura en tanto que cultura escrita: es decir mostrar la escritura en su más alto grado concebible, el texto en su mayor apoteosis, la letra en lo que sería su más grande y triunfal tarea de posesión del alma humana.

Todas esas empresas se acogen en ese sintagma precioso y preciso que nos llama a establecer un campo de reflexión: *la biblioteca imaginaria*.

En su inmediatez, la propuesta diseña casi el espacio de una utopía: la de que en las bibliotecas imaginarias el texto ha cumplido su máxima órbita: ha sido internalizado. La relación exterior, cede pues o se mitiga: el libro objeto físico desaparece en su materialidad, para triunfar en su esencia, puesto que ha sido somatizado, memorizado, literalmente introducido en el cerebro. He aquí el fondo singular de lo que se nos propone cuando de reinado inmaterial del texto en nosotros se habla.

No cabe pensar una metáfora más grande del poder de la letra, si no es pensarla inmaterial y a salvo de toda censura, a todo atentado del olvido, habitando al modo superior de los fluidos los anchos receptáculos del imaginario humano. Claro que ese proceso triunfador de la letra hasta llegar a estas regiones ha pasado por estaciones dolorosas. No toda la mitología del texto nos remite a esa versión tranquilizadora que fue *Fahrenheit 451*, donde los hombres virtuosos memorizan los libros que los perversos quieren destruir.

No deseo ser un aguafiestas, pero los detentadores de las letras, si se quiere aquellos que las aman, han atendido tanto a memorizarlas, como también a imponerlas a sangre y fuego sobre quienes no las respetaban porque no las reconocían como significación. El depósito de la historia nos provee aquí de un testimonio, extremo claro, pero elocuente también para

afirmar insidiosamente la realidad última de lo que aquí quiero hoy contribuir a poner en evidencia, a saber: que la letra puede no ser, después de todo, buena, entre otras cosas porque a veces han entrado con sangre, como reconocía Vasco de Quiroga cuando escribía al Consejo de Indias sobre el cuerpo del esclavo:

Los hierran en las caras por tales esclavos y se las aran y escriben con los letreros de los nombres de cuantos los van comprando... Y algunos hay que tienen tres o cuatro letreros, de manera que la cara del hombre que fue criado a imagen de Dios, se ha tornado en esta tierra, por nuestros pecados, papel.

Pero dejemos ese mundo sucio de imposición y dominio que actúa como una perversión del propio sistema, como una criatura malvada de las fuerzas altruistas que conducen en la versión virtuosa el proceso civilizador, pues, en efecto, todo aboga en la cultura humanística y en las renovadas tradiciones hijas del enciclopedismo y la Ilustración por esta internalización y profundización del papel de la escritura; de la lecto-escritura, si se quiere, para no establecer distinciones en lo que es un mismo proceso simbolizante.

Terminaré, lo prevengo, atacando con las palabras de otros los libros, la escritura, el proceso mismo de trasmutación simbólica que lleva a alguien a la palabra en calidad de escritor o de lector, pero antes debo analizar esta figura de máximo prestigio que es, una vez más, la biblioteca imaginaria.

Es preciso el pensar cómo se ha ido articulando y definiendo este concepto sofisticado; proceso para el cual ha sido necesario ante todo que los ojos, el ojo, la mirada, diera un giro de ciento ochenta grados y pasara de ver el exterior a dirigirse al interior mismo. Pues esto es la biblioteca imaginaria: la biblioteca del interior, el texto somatizado, la letra hecha carne. Tan así, que puesto en ella el lector imaginario no podrá precisar de qué momento, a qué tiempo pertenece lo que en ella aparece depositado y si fue su propia conciencia la que allí lo depositó; paradoja de las tinieblas en que se mueve este concepto que alcanzó a ser expresada por un Flaubert cuando dice encontrar sus orígenes en el libro que sabía de memoria *antes* de saber leer: el *Quijote*. Biblioteca, pues, en buena medida preexistente, heredada, cerrada, como aconsejaban los clásicos, mas no en anaqueles, ni estanterías, sino en lo profundo del *arca pectoris*, pues que no se trata ya de un reino de papel, sino de un universo inmaterial e invisible.

El proceso que evocamos tiene mucho que ver en su física con la figura de una mirada interior que se desplaza en un espacio quimérico, donde va encontrando el depósito de todo lo allí guardado en su día. La metáfora fue desarrollada en el pasado y el alma en ella pasa a convertirse en almarío; depósito interior de una conciencia que ha robado a la lectura su verdad.